CAPÍTULO 5

LA GUERRA FRÍA

¿Quién la empezó?

«Es muy probable que dentro de un siglo a todos los hombres y mujeres del mundo la Guerra Fría les resulte tan oscura e incomprensible como hoy nos resulta a nosotros la Guerra de los Treinta Años, aquel conflicto terrible que devastó gran parte de Europa no hace tanto tiempo. Al estudiar el siglo XX —observó muy sabiamente Arthur Schlesinger, Jr.—, es muy posible que nuestros descendientes se queden perplejos ante la desproporción entre las causas de la Guerra Fría, que bien podrían parecer triviales, y sus consecuencias, que habrían podido desembocar en el fin de la historia».[1] ¿Tuvo que librarse la Guerra Fría como se libró cuando las armas nucleares de norteamericanos y soviéticos amenazaban con la destrucción mutua de ambos y con acabar con el resto de la humanidad a modo de daño colateral? ¿Se pudo evitar? ¿Había estadistas capaces de ofrecer un punto de vista radicalmente distinto del mundo de posguerra, una visión basada en una competencia pacífica y amistosa que mejoraría al conjunto de la humanidad?

En principio, la Guerra Fría estalló por el choque entre dos concepciones diametralmente opuestas del papel de Estados Unidos en el mundo: la perspectiva hegemónica de Henry Luce, que imaginaba el siglo XX como «el siglo americano»; y la visión utópica de Henry Wallace, que soñaba con que el XX fuera «el siglo del hombre corriente». Era mucho lo que había en juego.

El 2 de septiembre de 1945, la Segunda Guerra Mundial terminó de forma oficial. Aunque en todo el mundo los norteamericanos celebraron

La Esfera de los Libros

la noticia con júbilo, sobre la nación pendía una extraña sensación de amenaza: todos temían que el futuro fuera un reflejo de las abrasadas ruinas de Hiroshima y Nagasaki. El 12 de agosto, Edward R. Murrow, célebre presentador de noticias de la cadena CBS, observó: «Muy raramente, si es que ha llegado a ocurrir alguna vez, ha terminado una guerra dejando en los vencedores semejante sensación de incertidumbre y miedo, al comprender que les aguarda un futuro sombrío y que la supervivencia no está asegurada». Los comentarios de la opinión pública estaban trufados de presagios apocalípticos. Entre los norteamericanos cundía eso que el historiador Paul Boyer llamó «miedo primario a la extinción».[2] Al *St. Louis Post-Dispatch* le inquietaba que la ciencia pudiera haber firmado «la sentencia de muerte del planeta de los mamíferos». John Campbell, director de la revista *Astounding Science Fiction*, admitió que llevaba quince años contemplando esa posibilidad y añadió: «Francamente, tengo miedo». La bomba atómica no era solo un nuevo explosivo, además, tenía «el poder de destruir a la especie humana».[3] *The New York Times* se lamentó de que ahora los seres humanos pudieran «destruirse a sí mismos y, tal vez, convertir el planeta en una nube de polvo».[4] *The Washington Post* se quejaba de que la expectativa de vida de la especie humana hubiera «menguado de forma inconmensurable en el curso de dos breves semanas».[5]

El fin de la guerra dejó gran parte de Europa y de Asia reducidas a cenizas. Habían muerto setenta millones de personas, dos terceras partes de ellas, civiles. El número de víctimas soviéticas no tenía parangón, las tropas alemanas en retirada habían destruido todo a su paso. Años más tarde, el presidente John F. Kennedy dijo: «En la historia de la guerra, ninguna nación ha sufrido tanto como la Unión Soviética en la Segunda Guerra Mundial. Al menos veinte millones de rusos perdieron la vida. Muchos más perdieron a su familia y sus casas fueron quemadas o saqueadas. Una tercera parte del territorio soviético, incluidos dos tercios de su base industrial, se convirtió en un erial; una pérdida equivalente a la destrucción de todo este país al este de Chicago».[6]

Solo Estados Unidos escapó a la devastación. La economía norteamericana estaba en estado de ebullición. Las exportaciones y el PIB duplicaban o más los niveles previos a la guerra. La producción industrial se disparó durante el conflicto a un ritmo récord: el 15 por ciento anual.

La Esfera de los Libros

Estados Unidos poseía dos terceras partes de las reservas de oro del mundo y concentraba tres cuartas partes de las inversiones de capital. Producía un fabuloso 50 por ciento de los productos y servicios del planeta. Pero los empresarios y políticos estaban preocupados: el fin de la contienda y de los gastos bélicos auguraban un regreso a las condiciones previas a la guerra, a la Depresión. Temían particularmente las consecuencias de que Europa se decantara por esferas de actividad económica cerradas a la inversión y el comercio norteamericanos.

Con Franklin Roosevelt al timón, Estados Unidos se había situado hábilmente entre Gran Bretaña y la Unión Soviética. La mayoría de los norteamericanos observaba con recelo el imperialismo británico y desaprobaba las represivas políticas británicas en Grecia y la India, y en todas partes. Muchos desconfiaban también del socialismo soviético y censuraban la política de mano dura en Europa del Este. Al terminar la guerra, Estados Unidos concedió a Gran Bretaña un crédito de tres mil setecientos cincuenta millones de dólares para rescatar al imperio británico, que obtendría así acceso a los bienes y al capital estadounidenses. Canceló asimismo la deuda contraída por Gran Bretaña con la Ley de Préstamo y Arriendo. Pero la Unión Soviética estaba decepcionada. No le habrían dispensado el mismo trato aunque Estados Unidos hubiera dejado caer la posibilidad de un gran crédito en las conversaciones previas al final de la guerra. Harry Truman, por desgracia, no poseía la destreza de Roosevelt para trazar un rumbo independiente y se desvió cada vez más hacia el modo de hacer británico haciendo caso omiso de las necesidades soviéticas en una época de máxima fuerza para Estados Unidos y relativa debilidad para la URSS.

A mediados de septiembre de 1945, el secretario de Estado James Byrnes viajó a Londres para entrevistarse con Viacheslav Molotov y otros ministros de Exteriores. Antes de partir, dejó clara su intención de aprovechar el monopolio atómico para obligar a los soviéticos a plegarse a las exigencias norteamericanas. Pero cuando insistía en que los soviéticos dieran pie a una política aperturista en Europa Oriental, Molotov señaló que, en Italia, Grecia y Japón, Estados Unidos llevaba a cabo un programa exclusivista. Cansado de la belicosidad del secretario de Estado, Molotov le preguntó finalmente si llevaba escondida una bomba atómica en el bol-

La Esfera de los Libros







Ruinas de Londres, Varsovia y Kiev. El final de la Segunda Guerra Mundial dejó gran parte de Europa y Asia destrozadas y un número de víctimas superior quizá a los setenta millones, un 60 por ciento de ellas no combatientes.

sillo del abrigo, a lo cual Byrnes respondió: «No conoce usted bien a los sureños. Llevamos, en efecto, nuestra artillería en el bolsillo. O se deja de evasivas […], o saco una bomba atómica del bolsillo y se la tiro».[7]

La diplomacia «atómica» de Estados Unidos en esta primera interacción fracasó rotundamente y no obtuvo los resultados deseados. El secretario de Guerra, Henry Stimson, puso objeciones a la tosca táctica de la intimidación. En un memorándum de septiembre, advirtió a Truman de que amenazando a los soviéticos con armas atómicas solo conseguiría que el tiro le saliera por la culata. Hacerlo serviría únicamente, dijo, para que la Unión Soviética hiciera aún mayores esfuerzos por reunir su propio arsenal atómico:

> Nuestras satisfactorias relaciones con Rusia no solo guardan relación con […] el problema de la bomba atómica, sino que están prácticamente dominadas por él […]. Si hacemos ostentación de esta arma sin pensar con la cabeza, sus suspicacias y su desconfianza en nuestros propósitos y motivos aumentarán […]. La mayor lección que he aprendido en mi ya larga vida es que la única manera de que un hombre sea fiable es confiar en él; y la manera más segura para que no lo sea es desconfiar de él y darle muestras de ello.[8]

Stimson apeló audazmente a la interrupción del programa atómico si Gran Bretaña y la Unión Soviética accedían a interrumpir el suyo y las tres potencias incautaban las armas atómicas que Estados Unidos ya había fabricado. Truman dedicó la reunión del gabinete del 21 de septiembre a la petición urgente de Stimson de reforzar los lazos de amistad con la Unión Soviética antes de que esta contase con su propia bomba atómica. Aquella reunión, que tuvo lugar el día del septuagésimo octavo cumpleaños de Stimson, sería la última para el estadista, que se jubilaba. El gabinete se dividió marcadamente en dos mitades: los que estaban a favor de la propuesta de Stimson, con el secretario de Comercio Henry Wallace a la cabeza, y los que estaban en contra, encabezados por el secretario de Marina, James Forrestal. Forrestal desempeñaría un papel crucial en el recrudecimiento de la política norteamericana con la Unión Soviética. Había ganado una fortuna en Wall Street y estaba casado con una corista de

La Esfera de los Libros

Broadway. Tiempo después, en 1939 se incorporó a la Casa Blanca. Como otros muchos financieros de Wall Street, sentía una honda desconfianza por la Unión Soviética. Filtró a la prensa un relato inventado de las conversaciones del gabinete. Al día siguiente, *The New York Times* publicó que Wallace se proponía compartir «el secreto de la bomba atómica» con la URSS.[9] Aunque Truman desmintió de inmediato tan flagrante falsedad y zanjó el asunto de un plumazo, Wallace supo a partir de entonces lo que le esperaba.

Asistió a una convención sobre energía atómica en la Universidad de Chicago y comprendió lo que en verdad estaba en juego mejor que Truman y otros funcionarios de la administración. Los técnicos coincidían en que todo el secreto de las investigaciones atómicas se había esfumado después del lanzamiento de la bomba de Hiroshima. Sabían también que, como el comité dirigido por James Franck había advertido ya en junio, la Unión Soviética no tardaría en desarrollar su propio arsenal. Los científicos empezaban a aceptar el hecho de que la generación de armas atómicas conocidas palidecía ante la que pronto aparecería. Por tanto, concluían, era esencial y urgente dar los pasos necesarios para frenar la carrera armamentística. Wallace declaró ante los asistentes a la convención: «Más pronto o más tarde, cualquier nación que viole la ley moral internacional tiene problemas. Ya les ha sucedido a los británicos con los pueblos de sus colonias y Estados Unidos corre el riesgo de que le suceda lo mismo con la bomba atómica». Trasladó el mismo mensaje a los demás miembros del gabinete.[10]

Pocos días después, recibió una carta del físico Arthur Holly Compton, que le alertaba de los ominosos progresos de los laboratorios de fabricación de armas. «Existe la posibilidad razonable —decía la carta— de que el esfuerzo técnico y científico concentrado, comparable al realizado para desarrollar la bomba actual, nos lleve finalmente a dar con una superbomba» de escalofriante poder destructivo. Compton también se hacía eco de una opinión generalizada entre los miembros del panel científico del Interim Comittee de Stimson. «En nuestra opinión —decía—, [la fabricación de esa superbomba] no debería llevarse a cabo […]; preferimos una derrota a una victoria obtenida a costa de la inmensa catástrofe humana que causaría su […] uso». Luego Compton ofrecía cifras esclarece-

La Esfera de los Libros

doras sobre la potencia de la futura bomba: «una bomba atómica destruye por completo un área de doce kilómetros cuadrados; mil bombas atómicas, en una futura guerra, destruirían doce mil kilómetros cuadrados. Pues bien, mil superbombas destruirían alrededor de tres millones de kilómetros cuadrados. Área continental de Estados Unidos: diez millones de kilómetros cuadrados». Le preocupaba que «a la base teórica de la superbomba han llegado espontáneamente cuatro personas distintas de este proyecto, que me han trasladado la idea independientemente, sin saber que las demás la estaban desarrollando también. Eso significa que lo mismo puede ocurrir en todas las naciones inmersas en la misma búsqueda. Si nosotros podemos desarrollar la superbomba, otras grandes potencias también pueden hacerlo». Tanto Wallace como Compton tenían la sensación de que únicamente alguna forma de gobierno mundial podría abordar un reto semejante.[11]

Wallace cargó por la retaguardia contra las poderosas fuerzas que estaban llevando al país a una guerra con la Unión Soviética. Por lo demás, cada día estaba más aislado, porque Truman echó del gabinete a los pocos defensores del New Deal que aún quedaban. Stimson ya no era secretario de Guerra y, como advirtieron los servicios de inteligencia soviéticos, el sesgo a la derecha de los asesores de política exterior y economía de Truman era innegable.

Wallace, incansable, convencido de su postura, se reunió con Truman el 15 de octubre y le insistió en que suavizara el tono con la Unión Soviética. Le entregó un informe, elaborado por él, titulado «El significado de la era atómica». Truman lo leyó con atención en su presencia. Decía: «Cuando muchos países cuenten con bombas atómicas, la más mínima chispa prenderá una conflagración que puede destruir a la humanidad. Es hora de que demos los pasos necesarios para suprimir todas las armas ofensivas, pongamos en común los aspectos positivos de la energía atómica y adoptemos un principio de tutela internacional en ciertas zonas del mundo». Truman se mostró completamente de acuerdo. Y le dijo a Wallace: «Es justo lo que llevo tanto tiempo queriendo decir». Señaló asimismo, con no poca generosidad, que «Stalin era un buen hombre que quería hacer lo correcto». Hasta coincidía con Wallace en que «el propósito de Gran Bretaña era promover la ruptura definitiva» entre Rusia y Estados

La esfera de los Libros

Unidos.[12] Los esfuerzos de Wallace dieron sus frutos. En el otoño de 1945, Truman manifestó en rueda de prensa: «Nuestros intereses no chocan con los de Rusia. Nunca lo han hecho. Siempre hemos sido países amigos y espero que siempre lo seamos».[13]

Con el problema nuclear pendiendo, amenazante, sobre sus cabezas, un grupo de científicos viajó a Washington para abogar por el control internacional de la energía atómica y que no quedara supeditado a los militares. Wallace los apoyó ante el Special Committee on Atomic Energy [Comité Especial de Energía Atómica] del Senado. La propuesta de ley de May-Johnson, que defendía la supervisión militar en tiempo de paz de las investigaciones sobre energía nuclear, sería «la disposición más antidemocrática y territorial» que se hubiera «presentado nunca en el Congreso en forma de medida legislativa de calado».[14] La aprobación de tal ley amenazaría con entregar al pueblo norteamericano al «fascismo del ejército».[15] Wallace insistió posteriormente al presidente para que retirase el control de las armas atómicas estadounidenses a Leslie Groves y para que a partir de entonces para utilizarlas hiciera falta la autorización del propio presidente, del secretario de Estado, del secretario de Guerra y del secretario de Marina. Temía que, con el arsenal nuclear en sus manos, el general, enemigo declarado de la Unión Soviética, pudiera ordenar un ataque atómico por su cuenta.

Y no era un temor tan descabellado como podría parecer. A principios de 1945, Groves defendió abiertamente un ataque preventivo contra los soviéticos. En su opinión, Estados Unidos tenía dos opciones. En primer lugar podía llegar a un acuerdo rápido con la Unión Soviética para garantizar que ninguna de las dos naciones recurriese a la bomba atómica bajo ninguna circunstancia. Pero tal acuerdo, sostenía, conllevaría necesariamente «la renuncia a todo derecho de privacidad en el hogar, en los laboratorios y en las factorías del mundo entero, incluido Estados Unidos». Si no se alcanzaba tal acuerdo, sin embargo, Estados Unidos, Gran Bretaña y la Unión Soviética contarían con bombas atómicas. En tal caso, argumentaba el general, Estados Unidos debería conservar siempre «una absoluta supremacía en número, tamaño, potencia, eficacia y facultad de uso inmediato ofensivo y defensivo de las armas atómicas». Debería contar también con un «servicio de inteligencia global» que en todo momento le mantuviera informado «de cualesquiera actividades de otras na-

La Esfera de los Libros

ciones en el terreno atómico y de sus intenciones militares». Pero esta era la mejor receta para la carrera atómica. Aunque el general opinaba que «el mundo podría […] sobrevivir mucho tiempo a esa carrera». Por todo lo dicho, concluía Groves, Estados Unidos no debería permitir que otro rival potencial fabricase o poseyese bombas atómicas. «Si dicho país empezase a fabricarlas, acabaríamos con sus medios de elaboración antes de que hubiera progresado lo bastante para suponer una amenaza».[16]

En sus esfuerzos para conseguir un control internacional de la energía atómica a escala mundial y para que, dentro de Estados Unidos, los militares cedieran ese control a los civiles, Wallace fue siempre el más fiel aliado de la comunidad científica en el seno de la administración. Oppenheimer lo visitó en octubre para transmitirle la inquietud de dicha comunidad por la creciente tensión con la Unión Soviética y ante el hecho de que Byrnes utilizase «la bomba a modo de pistola para conseguir lo que se proponía en el terreno de la diplomacia internacional». Sabía que los rusos responderían rápidamente, fabricando su propia bomba, y repitió las lamentaciones de sus colegas científicos: «Ya solo están atentos a su corazón. Les desborda el sentimentalismo […]. Ahora solo piensan en las consecuencias sociales y económicas de la bomba». A Wallace le conmovió ver a Oppenheimer tan agitado: «En mi vida he visto a un hombre en semejante estado de nervios. Era como si pensase que la destrucción de la especie humana era cuestión de días». Wallace compartía las preocupaciones del científico por la precaria naturaleza de la situación internacional y le animó a hablar directamente con Truman. Inquieto tras el encuentro con Oppenheimer, comentó: «El sentimiento de culpa de los científicos que inventaron la bomba atómica es de las cosas que más me han impresionado en mi vida».[17]

Oppenheimer siguió el consejo de Wallace y se entrevistó con Truman seis días después. La conversación no pudo discurrir peor. El presidente hizo hincapié en la importancia de aprobar la nueva ley de energía atómica; Oppenheimer insistió en el control internacional de esa energía. La reunión acabó en desastre cuando Oppenheimer confesó sus sentimientos de culpa por haber fabricado la bomba.

Wallace perseveró en sus esfuerzos por mitigar la influencia de los consejeros más conservadores de Truman, que preferían una confronta-

La esfera de los Libros

ción con la Unión Soviética a mantener la alianza surgida en la guerra. Veían una intención maligna en cualquier medida tomada por los soviéticos. Wallace pidió a Truman, en cambio, que pensase en cómo se tomaban los dirigentes soviéticos sus propias medidas y declaraciones. Tras la reunión del gabinete el día posterior al infortunado encuentro de Truman con Oppenheimer, Wallace se quedó para charlar a solas con el presidente. Le instó una vez más en favor de un trato ecuánime con Gran Bretaña y la Unión Soviética y a ofrecer a este país un préstamo en las mismas condiciones que el que ya habían negociado con Londres. Le comentó que Estados Unidos había gestionado los resultados electorales en Cuba y México de la misma forma que los soviéticos habían manejado los estados balcánicos. Truman, como siempre, estaba completamente de acuerdo con el análisis de Wallace.

Pero los efectos de las repetidas intervenciones del exvicepresidente eran de corta duración. A otros asesores de Truman, la política soviética les parecía mucho más amenazante y lograron que el presidente viera el mundo con sus mismos ojos. Hacia el mes de noviembre, llamaban «rojos» a Wallace y a los amigos progresistas de Truman y decían al presidente: «No preste ninguna atención a esos "rojos". No haga lo que quieren que haga».[18]

Entretanto, los dirigentes soviéticos cumplían con su agenda: asegurar los territorios ganados en Europa Oriental y Asia, reconstruir su maltrecha economía y conseguir que ni Alemania ni Japón volvieran a suponer nunca una amenaza para su seguridad. Estaban bien posicionados para defender tales intereses. Como los comunistas habían desempeñado un papel fundamental en los movimientos de resistencia antifascistas, la maltrecha ciudadanía europea recibió a las tropas soviéticas como si fueran libertadores. Los partidos comunistas de toda Europa crecieron de forma exponencial. En Francia, Italia y Finlandia consiguieron más del 20 por ciento de los votos en 1945. Con muchas poblaciones desplazadas, sin empleo y sin hogar, hambrientas, la situación parecía adecuada para mejorar aún más su situación. En Italia, donde el partido contaba con un millón setecientos mil afiliados, el salario real en 1945 apenas suponía un 25 por ciento del de 1913 y el PIB estaba en niveles de 1911. Al subsecretario de Estado norteamericano, Dean Acheson, le preocupaba que Europa virase hacia el socialismo, dejando aislado a Estados Unidos: «Han sufrido

La Esfera de los Libros

tanto y tienen tanta fe en que sus gobiernos tomen medidas que palíen sus sufrimientos que cada vez van a exigir mayor injerencia y control del Estado».[19]

Pero, respetando los pactos de la guerra y con la esperanza de conservar las alianzas de entonces, la Unión Soviética contuvo a sus frustrados aliados comunistas en China, Italia, Francia y Grecia. A principios de 1946 y según un sondeo de Gallup, solo el 26 por ciento de los norteamericanos pensaba que los soviéticos ansiaban dominar el mundo. El 13 por ciento opinaba que los británicos también deseaban dominarlo.[20]

Durante aquellos meses, los primeros de la posguerra, Truman tuvo con Stalin una actitud vacilante. El dirigente soviético le recordaba a *Boss* Pendergast, su mentor de Kansas City. Otros políticos tampoco sabían a qué atenerse. Incluso Averell Harriman, crítico feroz y embajador durante la guerra, que colaboró en muchas ocasiones con Stalin, reconocía que era una persona compleja:

> Me resulta difícil conciliar la cortesía y consideración que siempre me demostró con la espantosa crueldad de sus ejecuciones indiscriminadas. Quienes no le conocieron personalmente, ven solo al tirano. Yo también veo en él la otra cara: su extraordinaria inteligencia, su fabulosa atención a los detalles, su astucia y la sorprendente sensibilidad humana que era capaz de demostrar […]. Me pareció que estaba mejor informado que Roosevelt, que era más realista que Churchill y que, en cierto sentido, era el más eficaz de los tres, al menos en tiempos de guerra […]. Stalin sigue siendo para mí el personaje más inescrutable y contradictorio que he conocido.[21]

En cuanto se relajaron las tensiones sobre Polonia, Alemania se convirtió en la primera prueba de la cooperación en la posguerra. Tras la rendición, los aliados la dividieron en cuatro zonas de influencia: una soviética, otra norteamericana, otra británica y una cuarta francesa. Roosevelt defendió en principio el Plan Morgenthau de «pastoralización» de Alemania para asegurarse de que nunca más fuera una amenaza para sus vecinos. «Hemos de ser duros con Alemania —le comentó a Morgenthau en agosto de 1944—. O castramos a los alemanes o los tratamos de tal

La Esfera de los Libros

manera que les sea imposible reproducir personas que deseen continuar igual que en el pasado».[22] El Gobierno norteamericano, no obstante, cambió de intenciones en cuanto se convenció de que la recuperación de la economía alemana era clave para la recuperación de Europa. Esta postura enemistó a las potencias europeas con los soviéticos, que temían la revitalización de Alemania y se ocupaban ya de despojar a la zona oriental de todos sus activos y de enviarlos a la Unión Soviética. Este conflicto de intereses impidió la creación de una Alemania unificada y, por tanto, plantó las semillas del conflicto posterior. Mientras tanto, los alemanes trataban de ganarse la vida con independencia de la zona en que vivían.

El primer conflicto importante entre las dos superpotencias, pese a todo, no se produjo en Europa sino en Oriente Próximo, cuando Stalin quiso expandir la influencia soviética a Irán y Turquía a expensas de una Gran Bretaña en declive. La importancia estratégica de Oriente Próximo había aumentado tras la construcción del canal de Suez en 1869 y la apertura de rutas aéreas de larga distancia a principios del siglo XX. Para el historiador inglés Arnold Toynbee, el canal era «la ruta más corta entre los dos principales núcleos de población y poder del mundo en el siglo XX»: la India, el este de Asia y el Pacífico, por una parte, y Europa, América y el Atlántico por otra. «Quien domine Oriente Próximo —decía Toynbee— podrá tener abiertas las rutas directas entre esos dos polos geográficos, o podrá cerrarlas, o volver a abrirlas cuando quiera por la fuerza».[23] La Unión Soviética codiciaba desde hacía mucho los estrechos de Turquía, que le darían acceso al Mediterráneo, y Stalin opinaba que era una concesión que se había ganado de Roosevelt y Churchill en la guerra. De modo que presionó a Turquía para tener bases militares conjuntas en dichos estrechos. El segundo conflicto, como cualquier cosa en Oriente Próximo, giró en torno al petróleo. Al empezar la guerra, Estados Unidos producía el 61 por ciento del petróleo mundial, pero del producido en Oriente Próximo solo controlaba el 10 por ciento y Gran Bretaña el 72. Estados Unidos, sin embargo, pretendía ampliar su porción. Arabia Saudí era la llave de sus ambiciones. En 1943 amplió sus ayudas de préstamo y arriendo al emirato y al año siguiente el rey saudí, Ibn Saud, le permitió instalar una base aérea en Dhahran.[24]

En 1944, en una reunión con lord Halifax, el embajador británico, Roosevelt sacó un mapa de Oriente Próximo, señaló los yacimientos pe-

La Esfera de los Libros

trolíferos y le dijo a Halifax que el petróleo iraní les pertenecía a los británicos, el saudí, a Estados Unidos y el iraquí y el kuwaití, a ambos. Al año siguiente, Roosevelt llegó a un pacto con el rey Saud, que pidió el apoyo de Estados Unidos a cambio del acceso exclusivo de los norteamericanos al crudo saudí. Truman comprendió la importancia de que Estados Unidos mantuviera el control de un recurso tan vital. En agosto de 1945, Gordon Merriam, jefe de la Near East Division [División de Oriente Próximo] del Departamento de Estado, puso al corriente a Truman de que el petróleo saudí era «una estupenda fuente de poder estratégico y uno de los mayores premios materiales de la historia de la humanidad».[25]

Irán era otro premio. En septiembre de 1941 y cansadas del errático comportamiento y dudosas lealtades del sah Reza Pahlevi, Gran Bretaña y la Unión Soviética invadieron y ocuparon el país, obligaron al sah a exiliarse y lo sustituyeron por su hijo de veintiún años.[26]

Habiéndose fijado en las ricas reservas de petróleo iraníes desde los años veinte, Estados Unidos maniobró entonces para ampliar su influencia y ofreció a Irán su inclusión en las ayudas de préstamo y arriendo y le envió asesores civiles y militares. En 1943 el secretario de Estado, Cordell Hull, explicó a Roosevelt por qué era esencial poner límites a los poderes británico y soviético: «No conviene que ninguna gran potencia se consolide en el Golfo Pérsico ante los importantes intereses petrolíferos norteamericanos en Arabia Saudí».[27]

Al igual que Gran Bretaña y Estados Unidos, la Unión Soviética tenía la vista puesta en el crudo de Irán. Stalin quería desarrollar los yacimientos petrolíferos del norte del país y le preocupaba la seguridad de las prospecciones soviéticas en Bakú, que se encontraba a tan solo ciento cincuenta kilómetros al norte de la frontera de Rusia con Irán. Presionó, por tanto, al Gobierno iraní y pidió concesiones comparables a las otorgadas a Gran Bretaña y Estados Unidos y, teniendo aún en suelo iraní a las tropas llegadas en la Segunda Guerra Mundial, apoyó una revuelta separatista en las provincias septentrionales con la intención de forzar el acuerdo.

Churchill, entretanto, ansiaba la confrontación con los soviéticos. Rabioso anticomunista e imperialista declarado, ya en 1918 había intentado arrastrar a Estados Unidos a la guerra contra los soviéticos. Obligado a diferir el enfrentamiento durante la reciente contienda, volvió a la carga

La esfera de los Libros



Churchill y Truman saludan desde el tren que les lleva a Fulton, Misuri, donde el primero pronunció su célebre y belicoso discurso sobre el «Telón de acero». Primeros de marzo de 1946.

tan pronto como se presentó la oportunidad. Los contactos soviéticos con los Gobiernos turco e iraní suponían una amenaza para la influencia británica en Oriente Próximo y el Mediterráneo en un momento en que, además, el dominio sobre la India se antojaba precario. Cuando se descubrió, a principios de febrero, que los soviéticos habían organizado en Canadá una red de espionaje del programa atómico, las advertencias y avisos de Forrestal, Leahy y otros políticos de línea dura ganaron credibilidad. Ese mismo mes, por lo demás, un discurso de Stalin aumentó los recelos —aunque, en realidad, fue mucho menos incendiario de lo que el experto en asuntos soviéticos George Kennan y otros sostuvieron.

A primeros de marzo, el sentimiento antisoviético estaba claramente en línea ascendente cuando Churchill pronunció en presencia de Truman su célebre discurso de Fulton, Misuri. Sus belicosas palabras asestaron un golpe contundente, quizá fatídico, a las posibilidades de entendimiento en la posguerra:

La Esfera de los Libros

> Desde Stettin, en el Báltico, a Trieste, en el Adriático, sobre el continente ha caído un telón de acero […]. Los gobiernos policiales prevalecen […] en gran número de países […]. Los partidos comunistas o la quinta columna constituyen un creciente desafío, un peligro para la civilización cristiana […]. No creo que la Rusia soviética desee la guerra. Desea los frutos de la guerra y la expansión infinita de su poder y doctrina.[28]

Stalin respondió con enfado y acusó a Churchill de acostarse con los «belicistas» defensores de la «teoría racial», que afirmaban que solo los ciudadanos angloparlantes podían «decidir el destino del mundo».[29]

El discurso de Churchill provocó pasiones en todas partes. La reacción de los grandes periódicos fue diversa. *The New York Times* aplaudió la áspera retórica del estadista británico, que, le parecía, había hablado «con la energía del profeta que ya antes ha demostrado tener razón».[30] *The Washington Post* también encontró elementos para aplaudir las palabras de Churchill, pero criticó su «ilógica» apelación en favor de una «fuerza de policía internacional», porque había puesto «demasiado énfasis en "fuerza"».[31]

The Chicago Tribune coincidía con el análisis del primer ministro británico a propósito de lo que estaba ocurriendo en Europa Oriental, pero estaba en franco desacuerdo con el remedio propuesto y se oponía rotundamente al imperialismo británico: «Propone una alianza, mitad para esclavos, mitad para ciudadanos libres; y el imperio británico representa la esclavitud. Viene en realidad como suplicante. Suplica ayuda para su viejo y malvado imperio y, francamente, espera conseguirla según sus condiciones». Tal alianza habría exigido que Estados Unidos aceptase «la esclavitud y explotación de millones de súbditos británicos». El *Tribune* aconsejaba en tono severo que Estados Unidos no aprovechase su poder «para mantener la tiranía británica en todo el mundo. No podemos convertirnos en socios de un *holding* esclavista».[32]

Varios políticos denunciaron enérgicamente la defensa de Churchill del imperio británico. Owen Brewster, senador republicano por el estado de Maine, declaró: «No podemos asumir el patrimonio que supone la política colonial que abanderan los departamentos de Exteriores y Colonias británicos. Nueve décimas partes del mundo no son anglosajonas. Debe-

La Esfera de los Libros

mos pensar cómo vamos a ganarnos la confianza del mundo que no es ni eslavo ni anglosajón. Me temo que una alianza con Gran Bretaña sería el catalizador que precipitaría al planeta contra nosotros. Debemos seguir una política independiente junto con los rusos». El senador por Florida, Claude Pepper, señaló: «Empleó bellas palabras a propósito del imperialismo… del imperialismo británico. Creo que sus ideales conservadores, *tories*, hacen que se oponga tanto a Rusia como a un gobierno laborista en su país. Queremos una cooperación angloamericana, pero no a costa de excluir al resto del mundo». Más tarde, Pepper se sumó a la opinión de sus colegas demócratas Harley Kilgore, senador por Virginia Occidental, y Glen Taylor, por Idaho, que defendieron una declaración de rechazo a la propuesta de Churchill de «una alianza militar y política, de poder, a la antigua usanza, entre Gran Bretaña y Estados Unidos» que «le rebanase el gaznate a la ONU».[33] El senador por Florida comentó ante la prensa: «Resulta chocante ver al señor Roosevelt […] alinearse con los viejos *tories* de Chamberlain, que apoyaron a los nazis por mantener su cruzada antisoviética […]. Los pueblos del mundo que de verdad desean la paz […] [deben] tomar buena nota de este clamor *tory* que en Gran Bretaña y Estados Unidos defiende la guerra. El nuevo imperialismo británico-americano que el señor Churchill propone y defiende traiciona los ideales por los que nuestras dos naciones lucharon».[34]

En realidad, no existía tal clamor público en apoyo de la beligerante petición de Churchill. Como un lector de *The Washington Post* dijo, «el senador Pepper y sus colegas deberían congratularse de su valiente respuesta al belicista discurso de Churchill. ¿Quién es el presidente de Estados Unidos, Truman o Churchill? ¿Por qué iba a dictar Churchill nuestra política cuando hasta el pueblo británico la ha repudiado en las últimas elecciones? Churchill es un belicista y es hora de que el senador Pepper se lo diga a la cara. Necesitamos una segunda declaración de independencia del dominio británico».[35]

En el tren que les conducía a Misuri, Truman leyó el discurso que Churchill iba a dar en Fulton y aprobó el contenido en su totalidad. Luego, a la luz de las protestas por la agresividad del primer ministro, negó saber nada con antelación. Pero la prensa descubrió al poco tiempo tan descarada mentira.

La Esfera de los Libros

Encabezados por miembros de la familia Roosevelt, progresistas del New Deal condenaron las palabras de Churchill y pidieron a Truman un cambio de rumbo antes de que fuera demasiado tarde. Eleanor Roosevelt deploraba los incendiarios discursos del primer ministro británico. James Roosevelt, su hijo mayor, hizo lo mismo en una reunión del Independents Citizens' Committee of the Arts [Comité de las Artes de Ciudadanos Independientes]. Declaró: «Dejemos claro al mundo entero que el muy recto y honorable señor Churchill, que visita nuestro país como invitado, habla en su propio nombre únicamente cuando ataca la paz mundial, cuando propone, una vez más, que la humanidad se divida en dos bandos. En el pasado, con demasiada frecuencia, sus colegas de este país y de fuera han sido francamente reaccionarios. De nosotros y de toda mujer y todo hombre amantes de la paz de todo el mundo depende. Hoy podemos plantar cara y repudiar las palabras y los proyectos del honorable Winston Churchill y de sus aliados». James Roosevelt sabía qué podía hacer Truman para rebajar la tensión: «Me gustaría ver al secretario de Comercio, Henry Wallace, coger un avión con dirección a Rusia». Por su reputación de lucha «por la justicia y la integridad», explicó James Roosevelt, una misión encabezada por él podría hacer más por la paz y el entendimiento con Stalin «que todas esas declaraciones y comunicados tan ásperos».[36]

Fue Harold Ickes quien presentó a James Roosevelt a los asistentes aquel día. Había sido el eterno secretario de Interior de su padre y, por ser leal baluarte del New Deal, Truman lo había ido postergando hasta librarse definitivamente de él el mes anterior —tras denigrarle ante la prensa llamándole «grano en el trasero»—.[37] Ickes tuvo que dimitir por haberse opuesto a que Truman nombrase secretario de Marina a Edwin Pauley, multimillonario californiano del sector del petróleo a cuyas nefandas actividades debía el presidente su elección. Había acusado a Pauley de mentir al testificar que no había utilizado sus influencias contra la ley de nacionalización del petróleo encontrado en las costas. Ickes declaró que Pauley le había hecho «la proposición más directa» de que nunca había sido objeto: los magnates del petróleo contribuirían con trescientos mil dólares a la campaña del Partido Demócrata en las elecciones de 1944 si el gobierno retiraba la ley de bajamar elaborada por el propio Ickes.

La Esfera de los Libros

Además, Ickes declaró que, en una reunión especial del gabinete la semana anterior, Truman le había implorado que fuese «todo lo amable» que pudiera con «Ed Pauley», y que Robert Hannegan, el presidente del partido, había «removido cielo y tierra» para confirmar el apoyo de Pauley. Ickes prefirió la integridad a la amabilidad. Y soltó: «Prefiero no formar parte de un gobierno donde esperan que cometa perjurio por el bien del partido». E hizo públicas las cáusticas cartas que se había cruzado con Truman a raíz de su dimisión. Advirtió también que, a no ser que el gobierno modificase su sucio proceder, se produciría un escándalo parecido al de Teapot Dome.* El Departamento de Interior, le recordó a Truman, «debe siempre estar en guardia contra cualquier tipo de asociación entre el dinero y la política»; y dijo a los periodistas que no debería permitirse que ningún magnate del petróleo respaldara económicamente a un gobierno que tuviera que gestionar la política petrolífera.[38] *Los Angeles Times* tituló en primera página: «Ickes sacude la capital como una bomba atómica», para dar paso a un artículo sobre la que el reportero Bill Henry calificó como la «más importante rueda de prensa en la historia de Washington».[39]

Al presentar a James Roosevelt, Ickes ofreció a su antiguo jefe algunos consejos para lidiar con los soviéticos. «Los ciudadanos —dijo— quieren que el presidente Truman prolongue fielmente la política exterior del presidente Roosevelt. No se sienten cómodos oponiéndose a Rusia, por la que tanto afecto sentimos. Saben que sin Rusia la guerra aún no habría terminado. No pueden vislumbrar un futuro pacífico sin un entendimiento con Rusia».

Al mes siguiente, en el primer aniversario del fallecimiento de Franklin D. Roosevelt, Wallace pronunció un discurso en el ayuntamiento de Nueva York. Rechazó las ideas de Churchill y aportó un nuevo punto de vista sobre la competencia entre Estados Unidos y la Unión Soviética:

* Warren Harding, presidente de Estados Unidos entre 1920 y 1923, organizó un gabinete formado casi en su totalidad por amigos suyos de Ohio, algunos incompetentes y otros corruptos. Albert Fall, secretario de Interior, se hizo con el rico yacimiento petrolífero de Teapot Dome, el cual pertenecía a la Marina y que dio nombre al escándalo que se produjo al conocerse los manejos de Harding. (N. del T.).

La Esfera de los Libros

> La única competencia que deseamos con los soviéticos es para demostrar que podemos elevar nuestro nivel de vida más deprisa que ellos en los próximos veinte años. Competiremos con Rusia en la satisfacción de las necesidades físicas y espirituales del hombre corriente […]. La única manera de derrotar al comunismo es maximizar la producción y optimizar la distribución mejor y con más calma que ellos […]. Que la carrera sea limpia, que la carrera sea competitiva, pero sobre todo, por el bien de la humanidad, que sea una carrera pacífica […]. Rusia no puede pisotear Europa Oriental y salir bien parada, y nosotros tampoco podemos hacer lo mismo con Latinoamérica, ni Inglaterra con la India y con África […]. El miedo es la causa de todos nuestros errores […]. Rusia teme el cerco anglosajón. Nosotros tememos la penetración comunista. Si no vencemos esos miedos, llegará un día en que nuestros hijos y nuestros nietos tengan que pagar el precio con ríos de sangre […]. Por miedo, las grandes naciones actúan como animales acorralados, pensando solo en su supervivencia […]. Hace un mes, el señor Churchill hablaba del siglo anglosajón. Hace cuatro años, yo rechacé la idea del siglo americano. Hoy rechazo la idea del siglo anglosajón con mayor energía si cabe. Los hombres corrientes del mundo no tolerarán el recrudecimiento del imperialismo ni siquiera si lo llevan a cabo ilustrados anglosajones… bajo los auspicios de la bomba atómica. El destino de los pueblos de habla inglesa es servir al mundo, no dominarlo.[40]

Tras el discurso de Churchill, las relaciones entre norteamericanos y soviéticos se deterioraron a pasos agigantados. Estados Unidos ejerció presiones en las Naciones Unidas buscando una confrontación por Irán pese a que la Unión Soviética había accedido a retirar sus tropas. Luego, el 2 de marzo, fecha límite de la retirada, cuando aún quedaban algunos soldados en suelo iraní, Truman amenazó con la guerra. Escribió: «Si los rusos controlasen el crudo iraní directa o indirectamente, el equilibrio mundial en materias primas sufriría un grave perjuicio y la economía occidental una grave pérdida». Más tarde, James Forrestal comentaría: «Quien tiene el grifo del petróleo de Oriente Próximo tiene en sus manos el destino de Europa». Truman decidió enviar un mensaje inequívoco: Estados Unidos manejaría dicho grifo, no la Unión Soviética.[41]

La Esfera de los Libros